

---

**Robert SARAH**, *Para la eternidad. Reflexiones en torno a la figura del sacerdote*, Madrid: Palabra («Mundo y cristianismo. Pastoral»), 2ª ed., 2022, 288 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-1368-170-2.

“He querido escribir un libro sencillo, breve y accesible a todos; un libro cuyo objetivo consiste en que los sacerdotes vuelvan a descubrir su identidad profunda, en la que el pueblo de Dios renueve su manera de mirarlos” (p. 8). El punto de partida es la crisis de la figura del sacerdo-

te, agrandada tras los casos de abusos de distinto tipo entre los clérigos. El punto de partida propone así “una reforma del clero”. “Estas líneas quieren recordaros que la Pasión de Cristo es una realidad permanente e inherente a la vida del sacerdote” (p. 11). El autor parte de la di-

mención sacrificial del sacerdocio para explicar cuál es su esencia y misión. El esquema seguido consta de una introducción, un texto (de los Padres, Catalina de Siena, Newman, Bernanos, Vaticano II, Lustiger o los últimos Papas) y un comentario. El estilo se convierte así en claro y directo, propio de la predicación oral. Los títulos resultan elocuentes en este sentido: “El remedio contra la hipocresía”, “El sacerdote: nada y todo”, “Acabar con el clericalismo”, “Vocación a la oración”, “La radicalidad del Evangelio”, “Sacerdote y hostia”, etc.

El programa que Sarah propone es duro y ascético: estudio, pobreza, servicio especialmente a los laicos, centralidad eucarística, identificación con Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote. “Para nosotros, sacerdotes, revestirnos de Cristo es darnos enteramente a Él como Él se ha dado enteramente a nosotros” (p. 55). Pero propone de igual manera medidas concretas en

este programa reformista: “La reforma del clero comienza con una reforma de la vida interior de los sacerdotes. Es el momento de descubrir nuestra vocación a la oración” (p. 77). Toda esta labor no puede lógicamente desarrollarse en solitario: “Necesitamos un pentecostés sacerdotal” (p. 90). En este sentido, el cardenal guineano hace una decidida defensa del celibato sacerdotal, con el que se ofrece “un signo necesario para que toda la Iglesia se vea en sí misma como esposa de Cristo” (p. 107). Con todo este programa se propone actualizar y profundizar en la consagración y en la misión del sacerdote en nuestros días. “No hemos sido consagrados para nosotros mismos, sino para Dios, para la Iglesia y para el mundo” (p. 145). Un programa tan duro y exigente como prometedor.

Pablo BLANCO  
 Universidad de Navarra  
 DOI 10.15581/006.55.1.263